



# La Ciencia Española. Estudios

Ramón. E. Mandano Gutiérrez y Gerardo Bolado Ochoa [dirs.]

La Real Sociedad Menéndez Pelayo, en vísperas del primer centenario del fallecimiento de D. Marcelino Menéndez Pelayo [1856-1912], nos ofrece este ensayo (dirigido por Ramón E. Mandado Gutiérrez –quien lo prologa– y Gerardo Bolado Ochoa), el tercero dedicado a las obras más destacadas del pensador. Tras la entrega de *Los orígenes de la novela* y de *Historia de las ideas estéticas*, este estudio sobre *La ciencia española* retoma un debate epistemológico fundamental que indaga sobre la historia de la ciencia en España –entendida en su sentido más amplio de saber científico positivo, pero también de pensamiento filosófico humanista, e incluso teológico–. Especialistas de diversas ramas compilan sus investigaciones en este texto, descubriendo al lector la relevancia de esta polémica y la existencia de científicos que han quedado velados por la historia, excluidos del relato oficial de la ciencia, pero cuyos logros deben reseñarse e incluirse en nuestro bagaje cultural. El libro recoge las sesiones de trabajo organizadas por la Real Sociedad Menéndez Pelayo y la Real Academia de Medicina de Cantabria que tuvieron lugar en otoño de 2010 y que estuvieron a cargo de Salvador Ordóñez, Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. En ellas se recuperó el contexto científico del siglo XIX y se reconoció su relevancia a la luz del panorama científico actual.

El filósofo y ensayista José Luis Abellán nos describe el contexto científico del joven Marcelino: a mediados del siglo XIX comienza una recuperación institucional de la ciencia, que coincide con la introducción del krausismo en España de manos de Julián Sanz del Río. Se abre el camino hacia una Universidad Civil, independiente del Rey y del Papa, dispuesta a reproducir el pensamiento europeo positivista e implantar las nuevas teorías de Darwin. Ciencia y Religión se escinden, y la figura del médico ocupa la posición social que antes disfrutaba el sacerdote. Pedro Ribas Ribas, de la Universidad Autónoma de Madrid, describe el pensamiento neokantiano español a través de la portavocía de José del Perojo y Figueras, principal traductor del filósofo alemán y uno de los contestatarios de D. Marcelino en la polémica.

Algunos pensadores se identifican con el nuevo paradigma positivista, pero muchos otros reivindicaban la tradición y la religión. Esta divergencia tendrá eco en las contiendas políticas entre gobiernos liberales y conservadores, y las universidades serán “purgadas” en repetidas ocasiones

(como nos recuerda Carlos Nieto Blanco, de la Universidad de Cantabria), expulsando a profesores krausistas como Augusto González de Linares –por difundir el evolucionismo darwinista–, Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón y Gumersindo de Azcárate, entre otros. La ciencia, también en ese momento, estaba constreñida por la dominación política y religiosa.

Surcando esta disputa se produce un debate crucial entre los representantes de las distintas posturas: la positivista, formada por krausistas y neokantianos –como Manuel de la Revilla y José del Perojo–, la conservadora católica –liderada por Menéndez Pelayo y su mentor Gumersindo Laverde–, y la neotomista –al frente de la cual se sitúan Joaquín Fonseca y Alejandro Pidal y Mon, que sólo reconocían el valor del pensamiento escolástico, negando cualquier otra aportación de la ciencia a la historia española–.

En el año 1876 –el mismo en el que Francisco Giner de los Ríos funda la Institución Libre de Enseñanza– se origina lo que se conoce como “segunda polémica de la ciencia en España” (o tercera, según la interpretación). El profesor de la UAM Fernando Hermida de Blas, y el profesor Gerardo Bolado, de la UC, nos describen cómo surge esta polémica, desencadenada cuando Manuel de la Revilla, krausista, publica en la *Revista Contemporánea* un artículo en el que lamenta el retraso científico que España sufre frente a Europa, y culpa de ello al despotismo y a la intolerancia religiosa de los últimos siglos españoles desde el reinado de los Austrias, que frenaron el pensamiento científico español. Menéndez Pelayo le responde pocos días más tarde en la *Revista Europea* con su artículo “Mr. Masson redivivo”, cuyo título hace alusión a la primera polémica de la ciencia. Según él, la ciencia española había tenido importantes aportaciones a lo largo de los siglos, pero los liberales y positivistas eran demasiado intolerantes para aceptarlo. Revilla no demora en responder acusando a Menéndez Pelayo de “neocatólico” y de defensor de la Inquisición. Puede haber habido filósofos, científicos españoles, pero no una tradición científica o filosófica en España. Menéndez Pelayo escribe poco después “Mr. Masson redimuerto”, en el que tilda al positivismo de impío, y se autoproclama católico y defensor de la Inquisición como una institución que preservó el espíritu genuino del pueblo español. D. Marcelino parte de su formación empirista y trata de reconciliarla con su ideología católico-conservadora, a través de una arriesgada pero decidida apuesta por el nacionalismo cultural. El verdadero problema de España, según él, fue su utilitarismo, que enfocó el estudio científico en la práctica y no generó nada del lado de la teoría. La modernidad española debe seguir siendo católica y no dejarse contaminar por la “regeneración” cultural anticatólica que los krausistas reproducen tomando el modelo de Europa.

José Luis Mora García, profesor de Pensamiento Español en la UAM, aproxima al debate a Benito Pérez Galdós, quien se sitúa en un espacio equidistante entre los positivistas y Menéndez Pelayo: a pesar de su declarado liberalismo, considera que sin un buen aprecio y conocimiento de la propia historia del país, sólo con pensadores y teorías extranjeras, no se puede alcanzar el progreso.

Poco después de desatarse la polémica se abre un nuevo frente contra D. Marcelino –el cual nos relatan Eudaldo Forment, de la Universidad de Barcelona, y Alfredo Alonso García, de la UC–, representado por los neotomistas Alejandro Pidal y Mon y P. Fonseca, quienes se oponen a todo pensamiento legítimo español que no sea la escolástica, atacando el humanismo viviesiano de Menéndez Pelayo. Este les responde afirmando que no se puede inmolar toda la filosofía cristiana sólo para encumbrar a Santo Tomás, y reclama la importancia del pensamiento de Juan Luis Vives, entre otros grandes humanistas.

El mérito incuestionable de D. Marcelino es la restauración del valor histórico de personajes que fueron arrojados a la sombra del olvido, mientras que los positivistas negaron toda valía al pensamiento español sin antes investigar sobre él. A raíz de esta disputa Menéndez Pelayo redacta *La ciencia española*, publicada en 1876, y que reformula en varias ocasiones a medida que la polémica se va desarrollando (Francisco José Martín interpreta esta evolución editorial). A partir de

la crisis del 98 la controversia se vuelve menos combativa y dogmática, y más reflexiva. Los krauistas admiten que sí hubo ciencia, y D. Marcelino que esta fue fragmentaria y demasiado pragmática, aunque culpa de ello a los liberales y positivistas, y no al catolicismo y a la Inquisición.

Alrededor de esta misma polémica Menéndez Pelayo publica *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-82), a favor del pensamiento ortodoxo español, y negando en parte el papel de los heterodoxos en el florecimiento de la ciencia española. El profesor francés Yvan Lissorgues, de la Universidad de Toulouse-le Mirail, recupera en este ensayo la respuesta que dio José Miguel Guardia, médico e historiador, quien se rebela contra esta interpretación parcial y reivindica el reconocimiento de los heterodoxos. Según él, la expulsión de moriscos y judíos durante el período de los Reyes Católicos y la creación de la Inquisición fueron el comienzo de la desertización intelectual de España. Guardia señala una contradicción en D. Marcelino: los pensadores y científicos que hicieron honor a la historia científica española según el propio Marcelino fueron en realidad aquellos proscritos por la Iglesia, pues casi todos los médicos y científicos del renacimiento español habían sido judíos conversos. Menéndez Pelayo nunca se atreve a rebatir este argumento. Finalmente, Alberto Gomis, de la Universidad de Alcalá, recuerda como D. Marcelino se valió del discurso de Acisclo Fernández Vallín en su ingreso a la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, dedicado a la cultura científica española del siglo XVI, para hacer su propio repaso historiográfico de las diversas ramas científicas de aquella época, reconociendo méritos y lamentando vacíos.

### ¿Quiénes son, entonces, estos científicos olvidados?

Teófilo González Vila (MEC) nos habla de Gómez Pereira (s. XVI) y su obra *Antoniana Margari-ta*, en donde Pereira trata de demostrar racionalmente la inmortalidad del alma. Su contribución al estudio de la naturaleza humana supuso una gran aportación a la antropología de entonces. Víctor Navarro Brotons, de la Universidad de Valencia, recupera la figura de Jerónimo Muñoz, un importante cosmógrafo del siglo XVI, y la de Juan de Herrera, que además de reconocido arquitecto, fue el fundador de la Academia de Matemáticas en Madrid. J. El catedrático de Anatomía Patológica de la UC, Fernando Val-Bernal, y Juan José Fernández Teijeiro, de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, rescatan el caso de Andrés Laguna, médico y científico humanista, que avanzó sobre el conocimiento de la anatomía, la enfermedad de la peste y de la gota. Realizó además un importante discurso sobre “la Europa que a sí misma se atormenta”, invitando a cristianos católicos y luteranos a una reconciliación pacífica que les permitiese abatir al verdadero enemigo turco. Laguna fue el científico y pensador español que más se proyectó en Europa. Por su parte, F. Vázquez de Quevedo, de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, exhorta a reconocer el papel jugado por Fernando VI y su hermano, el rey Carlos III, que promovieron el conocimiento científico a través de la creación de las Reales Academias, las cuales abarcaban casi todas las áreas de conocimiento, arte y oficios. Finalmente, Benito Madariaga de la Campa, Académico de las Ciencias Veterinarias, recuerda que los albéytres y posteriores veterinarios tampoco han sido suficientemente reconocidos en su contribución a la ciencia española, y anima a su reparación histórica.

Una interesante y polémica conclusión puede ser extraída de la aportación de Salvador Ordóñez, Rector de la UIMP, quien siguiendo la senda de Ortega y Gasset afirma que la ciencia es *creación de conocimiento ex novo*, investigación y desarrollo de nuevos paradigmas científicos: no se puede confundir *erudición* con auténtica *creación* científica. Según este planteamiento, no hubo en España verdadera ciencia hasta el siglo XX, cuando se crea la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), presidida por la prestigiosa figura de D. Santiago Ramón y Cajal, y en la que participa el propio Menéndez Pelayo. Lamentablemente es quebrantada años después por el golpe de Estado de julio de 1936, tras el que muchos “heterodoxos” al régimen tuvieron que exiliarse. Una vez más, la política obstruyó el camino de la ciencia y el pensamiento, y es en este punto en el que el lector siente que D. Marcelino perdió la batalla: ¿aprenderemos algún día de nuestra propia historia?

Ficha técnica del libro

Título:	« <b>La Ciencia Española</b> » <b>Estudios</b>
Dirigido por:	<b>Ramón. E. Mandado Gutiérrez y Gerardo Bolado Ochoa</b>
Autores:	Ramón E. Mandado Gutiérrez, José Luis Abellán, Fernando Hermida de Blas, Pedro Ribas Ribas, José Luis Mora García, Carlos Nieto Blanco, Gerardo Bolado, Francisco José Martín, Eudaldo Forment, Alfredo Alonso García, Yvan Lissorgues, Alberto Gomis, Teófilo González Vila, Víctor Navarro Brotons, Salvador Ordóñez, J. Fernando Val-Bernal, Juan José Fernández Teijeiro, F. Vázquez de Quevedo, Benito Madariaga de la Campa.
Editorial:	PUBliCan-Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2011
Edición:	Blanca Rodríguez López y Diego A. Fernández Psychaux
Número de páginas:	348

Candela DESSAL LÓPEZ